

Espusieronle estos caballeros que era temeridad arriesgarse de aquella manera su vida, á lo cual respondió Fernando, que les agradecía el consejo, pero que «no podría buenamente ver los suyos sufrir, é no aventurarse por los salvar:» respuesta que le grangeó el amor del ejército, pero que produjo también cariñosas reconvenções de parte de la reina por el ardimiento excesivo con que se arrojaba á las batallas (1).

En este sitio de Velez espidió Fernando unas ordenanzas rigurosas, prohibiendo á los soldados bajo las mas severas penas las riñas, las blasfemias y los juegos de azar, á lo cual se debió el orden, la disciplina y la compostura que se conservó en un ejército compuesto de gentes de tantos países. Atento á todo, destacó fuerzas que vigiláran y defendieran los cerros de la parte de Granada, y cuando todo estuvo dispuesto ordenó el ataque y asalto de la ciudad. La toma de los arrabales costó la vida á algunos caballeros cristianos, pero los moros dejaron en ellos hasta ochocientos cadáveres. Intimidada la rendición de la ciudad, nególa obstinadamente el alcaide Abul Cacim Venegas, fiado en que no podia llegar la artillería gruesa, y en el socorro que pensaba recibir de Granada. En efecto, el Zagal, informado del conflicto de los de Velez, é instigado por los alfaquies grana-

(1) El escudo de armas de Velez representa este suceso y figura un rey á caballo traspassando con su lanza un moro.

dinos, hizo, aunque de mala gana, y con el temor de que Boabdil se apoderára de la capital durante su ausencia, el sacrificio de aventurar su fortuna acudiendo en socorro de los de Velez. Hogueras encendidas en las cumbres anunciaron á los cristianos la presencia del enemigo en las alturas, al propio tiempo que infundieron esperanzas á los cercados. Todo lo habia previsto el rey, y enviólo primeramente Hernan Perez del Pulgar *el de las Hazañas* á reconocer las fuerzas enemigas, atacadas estas despues por los valientes del marqués de Cádiz, del conde de Cabra y otros esforzados capitales, los moros de Velez vieron con desconsuelo retirarse de los cerros dispersas y en derrota las tropas de el Zagal. El desmayo y desaliento de los sitiados llegó á su último punto al oír el ruido de los trenes de la artillería gruesa y de los carros de municiones, que conducidos por el maestre de Alcántara, superados como por encanto obstáculos que se creían invencibles, llegaban al campamento cristiano con gran júbilo del ejército sitiador.

Ya no quedó esperanza alguna á los de la ciudad; todos reconocieron la imposibilidad de resistir, y Abul Cacim Venegas concertó su rendición con el conde de Cifuentes, su antiguo cautivo, bajo las acostumbradas condiciones de la seguridad de vidas y bienes muebles, de poder trasladarse libremente á Africa ó á Granada, y de ser respetados en sus costumbres, creencias y culto los que quisiesen permanecer como

mudejares ó vasallos de Castilla. Entregada la ciudad ⁽¹⁾, se enarboló el estandarte de la fé en los torreones del alcázar, y se purificó y convirtió la mezquita principal en templo cristiano, segun costumbre. A la rendicion de Velez Málaga, siguió la de muchas villas y fortalezas de la Ajarquía, cuya guarnicion se encomendó á capitanes valerosos, entre los cuales se encuentra ya el nombre de Pedro Navarro, que despues se hizo tan célebre por sus hazañas.

Otro resultado importantísimo produjo la conquista de Velez. Los temores de el Zagal al salir de Granada se realizaron. La veleidosa plebe, propensa siempre á interpretar como desaciertos los infortunios, noticiosa de la derrota de el Zagal en los cerros de Velez, púsose casi toda de parte de Boabdil, y entre vivas y aclamaciones le condujo al palacio de la Alhambra. Cuando el Zagal regresaba de su malograda empresa, encontró antes de llegar á Granada algunos de sus amigos que con acento triste le dijeron: «Volvéos, señor; Boabdil impera en Granada, y hallareis cerradas las puertas de la ciudad.» A tan funesta nueva el desventurado Zagal alzó los ojos al cielo, calló, torció las riendas de su caballo, y tomó por la Alpujarra el camino de Guadix, que seguia su voz como Baza y Almería. «Así desamparan siempre

(1) La escritura de capitulacion y Grand. de Velez, lib. VI.—Pulse hizo en 27 de abril, y la entrega en 3 de mayo.—Vedmar, Antig. c. 52.—Mármol, Rebel., lib. I.

los hombres, esclama aquí el escritor arábigo, á los perseguidos de la fortuna.» ⁽¹⁾

Quedaba Málaga, la feráz y opulenta Málaga, el emporio del comercio de los sarracenos españoles con Africa y con Oriente, incomunicada con Granada, aislada y sola entre el mar y entre poblaciones en que ondeaban las banderas de Castilla. Natural era que Fernando, dueño ya de Velez, pensára en redondear con la conquista de aquella importante plaza la de toda la costa occidental del reino granadino, y cortar de una vez la comunicacion de Africa con la península española. Pero Málaga, situada á la orilla del Mediterráneo, protegida por dos fuertes castillos, Gibralfaro y la Alcazaba, que se enlazaban y comunicaban por galerías subterráneas, ceñida de un grueso muro reforzado con torreones, provista de artillería y de toda clase de municiones de guerra, estaba bien preparada para un sitio, y sobre todo la defendia el terrible Hamet el Zegrí con sus fieros gomeles y sus feroces africanos, conocidos á por su genio belicoso y por su rudo y bárbaro valor en los combates. En cambio los comerciantes y mercaderes, los propietarios y labradores y la gente acomodada y rica de Málaga, avezados á las comodidades, á los goces y á los placeres de la paz, suponiendo y temiendo los horrores y trastornos de un ataque formal por parte de los conquistadores de Velez, entablaron clandestinas ne-

(1) Conde, Domin., p. IV., c. 39.
TOMO IX.

gociaciones con Fernando por medio del opulento comerciante Alí Dordux y del alcaide de la Alcazaba Aben Comixa para entregarle la ciudad á trueque de no sentir los males de una resistencia que contemplaban inútil. Mas estos tratos no fueron tan secretos que no llegáran á noticia de Hamet, el cual montando en cólera mandó inmediatamente degollar á cuantos supo que tenían participacion en ellos y pudo haber á las manos, y proclamándose gefe único superior de la poblacion, amenazó ejecutar lo mismo con los que estuviesen tibios en la defensa.

Fernando, á quien tambien hubiera agrado ganar la plaza por tratos y convenios que por los medios siempre crueles de la guerra, no desmayó por eso, y de acuerdo con el marqués de Cádiz envió al Zegrí dos emisarios, uno de ellos un noble y acaudalado moro de Málaga de los de la capitulacion de Velez, con cartas reservadas, haciendo ventajosas proposiciones á Hamet y á los demas caudillos, y en general á todos los malagueños. Recibió el Zegrí muy cortesmente y aun agasajó á los embajadores en el castillo de Gibralfaro, manifestando grande aprecio y consideracion al marqués de Cádiz. Mas al tratarse de las proposiciones y ofrecimientos, el altivo moro no solo las rechazó con desden, sino que no queriendo acabar de escucharlas se apresuró á despachar los comisionados dándoles un salvo-conducto para que pudiesen retirarse con seguridad. Todavía Fernando

quiso que se hiciese una intimacion pública ante todo el pueblo, para que se supiese el partido ventajoso que ofrecia en caso de sumision. El encargado de esta peligrosa embajada fué el bravo campeon Hernan Perez del Pulgar, el de las Hazañas, que tuvo el arrojo de presentarse y cumplir su mision ante las turbas irritadas por el Zegrí, si bien fué necesaria la enérgica intervencion de este caudillo y de algunos nobles alfaquíes para que el caballero cristiano pudiera escapar sin lesion á informar al rey de que Hamet y sus gomeles estaban resueltos á defenderse hasta morir.

Entonces el rey levantó ya sus reales de Velez (7 de mayo), y marchando con su ejército por la costa avanzó por las ventas de Bezmiliana, mientras las gajeras y barcos trasportaban por mar á su vista las baterías y municiones. El ejército tenia que pasar para acercarse á Málaga por un estrecho valle dominado por dos eminencias, una la del castillo de Gibralfaro (1), y la otra un cerro de ágría subida colocado entre el castillo y la áspera sierra que cubre á Málaga por la parte del Norte. Esta altura es la que tenia que ocupar la vanguardia de los cristianos para facilitar el paso al ejército que avanzaba por la angostura. Pero defendida por la grata de Hamet el Zegrí (2) y protegida por los fuegos del castillo, era menester un

(1) El que Prescott llama Gibralfaro, y así le denominan tambien otros historiadores.

(2) Hamete Zeli que dice Pul-

grande esfuerzo para tomarla, y grande y vigoroso fué el que hizo un cuerpo de gallegos conducido por el maestro de Santiago. Varias veces fueron rechazados los de Galicia por los moros, y otras tantas volvian á trepar con el mismo ánimo la montaña; peleábase cuerpo á cuerpo con cimitarras y puñales; era una lucha á muerte, en que ni se pedia ni se daba perdón de la vida; hasta que reforzados los gallegos por el comendador de Leon, por el caballero Garcilaso de la Vega y por algunas compañías de las hermandades, ganaron el cerro, en cuya cumbre plantó un alférez de Mondoñedo su estandarte, y obligaron á los moros á refugiarse en Gibralfaro. Pasó entonces adelante el ejército, y la altura de la sierra tan briosamente disputada se dejó al cuidado del alcaide de los donceles.

Al día siguiente avistó Fernando los muros y torreonos de Málaga. Acercóse, plantó el pabellon real, sentó las tiendas y distribuyó las estancias, haciendo una línea de circunvalación que se extendía sobre las colinas y los valles, formando un medio círculo; el otro medio le formaban las naves ancladas en la bahía, dejando en el centro á Málaga. Desembarcó la artillería, de la cual se colocaron cinco lombardas gruesas en la cuesta que ocupaba el marqués de Cádiz, distribuyéndose las demas piezas mayores y menores por las otras estancias, defendidas todas por capitanes célebres. Hiciéronse fosos, se construyeron

parapetos, y detrás de la línea se estableció una fábrica de pólvora, y se pusieron fraguas y talleres de herreros, carpinteros, picapedreros y otros oficios para la construcción y reparo de las máquinas de batir. Comenzaron á jugar las baterías y á vomitar piedra y hierro; pero Hamet el Zegrí que tenia tambien diestros artilleros y disponia de formidables trenes, obligó con sus certeros tiros á los cristianos á suspender de día sus maniobras, y el rey tuvo que retirar al amparo de una colina su tienda, que llamando la atención del enemigo por las banderas reunidas de Aragon y de Castilla que en ella ondeaban, la habian hecho los moros blanco de las descargas de su artillería. El conde de Cifuentes fué el primero que aportilló un torreón del arrabal, por cuya abertura intentó dos asaltos, protegido en uno de ellos por el duque de Nájera y el comendador de Calatrava: mas cuando algunos castellanos tremolaban ya sus banderas sobre el baluarte, los moros que tenian minada aquella parte del muro la hicieron volar, y los cuerpos de aquellos valientes volaron tambien hechos fragmentos para venir á sepultarse entre los escombros. Por otra brecha que se abrió en otro lienzo del arrabal penetraron tambien algunos intrépidos cristianos, que envuelto por los enemigos en aquellas tortuosas calles probaron una suerte poco menos desastrosa que sus compañeros. Con tan desgraciados principios entró el desaliento en el campamento cris-

tiano: á las verdaderas penalidades que se sufrían se añadieron voces siniestras, corrieron rumores fatídicos, y alarmados con ellos algunos soldados, tuvieron la flaqueza de desertar á la ciudad y exagerando allí las noticias dieron nuevos bríos á los moros que envalentonados y soberbios renovaron con furia los ataques y se atrevieron á hacer salidas impetuosas.

Conoció Fernando el desánimo de sus gentes, y comprendiendo cuál era el remedio mas eficaz para realentarlas llamó á la reina que se hallaba en Córdoba. No tardó Isabel en presentarse en el campamento delante de Málaga, acompañada de la infanta su hija, de prelados y caballeros, y de las damas y dueñas de su servidumbre. Pintado se veía en todos los semblantes el mágico efecto, la transición del desánimo á la esperanza que producía siempre la presencia de Isabel recorriendo á caballo las filas de sus guerreros. El mismo monarca sintió fortalecido su espíritu, y preparando los cañones de mas grueso calibre, quiso antes de romper un fuego destructor hacer otra intimación al Zegrí dándole á escoger entre la rendición con generosas condiciones y la destrucción de la ciudad y la esclavitud de sus habitantes. Inexorable y duro el indómito Hamet despachó á los emisarios con una ruda negativa, dándoles escolta para que no pudiesen hablar con ningun moro de la población: publicó una proclama propia para enardecer á los suyos, organizó su policía, y decretó pena de

muerte para todo el que pronunciase la palabra capitulación. El moro ejecutaba lo que decía: una comisión de honrados padres de familia y de comerciantes y capitalistas pacíficos se le presentó á hacerle algunas reflexiones respetuosas sobre los peligros á que esponía á todos su inflexibilidad. Hamet los oyó, llamó á sus gomeles, les mandó cercar á los peticionarios y conducirlos á la plaza pública, y ordenó que todos fuesen allí degollados sin piedad ni consideración. Con tan ejemplar escarmiento los hombres mas tímidos, los mismos que no habian manejado nunca un arma, se presentaban á pelear en los puestos mas peligrosos, toda vez que arriesgaban menos en esponer sus pechos á los tiros de los cristianos que en incurrir en las iras de su propio gobernador ⁽¹⁾.

Oyóse en esto una detonación horrible que estremeció á los malagueños é hizo retremblar los edificios de la ciudad. Era el estampido de una descarga general que Fernando mandó hacer con todas las baterías á un tiempo, para que vieran los de Málaga que no faltaba pólvora en el campamento cristiano, y cuán falsos eran los rumores que se habian hecho circular y lo que en su proclama les habia dicho Hamet el Zegrí. El marqués de Cádiz habia recibido un insulto que no pudo tolerar. Cuando el caudillo moro vió al marqués afinado en agasajar á la reina Isabel que habia ido á visitar su estancia, hizo clavar en el

(1) Pulgar, Crón., p. III., c. 78.

mas alto torreon del castillo de Gibralfaro el estandarte cogido al marqués de Cádiz en los riscos de la Ajarquía. Encendió en ira aquella provocacion al caballero andaluz, y al día siguiente hizo jugar todas las lombardas contra el castillo hasta conseguir demantelar una de sus torres, y aproximó sus trenes y atrincheramientos á tiro de ballesta del formidable baluarte. Lejos de intimidarse por esto la guarnicion sarracena, se vió una noche el campamento de el de Cádiz rudamente atacado por una horda de hasta dos mil feroces gomeles acaudillados por Ibrahim Zenete, el segundo de Hamet. Descansaba el marqués en su tienda abrumado por la fatiga, cuando oyó el ruido de la pelea, levantóse despavorido, acudió á medio armar con su alferez y su pendon, arengó á los suyos y los rehizo, y en aquella reñidísima lucha clavósele una saeta enemiga en un brazo; tambien Ibrahim Zenete recibió una lanzada que le obligó á retirarse; entre los capitanes cristianos que alli perecieron se contó el intrépido Ortega del Prado, aquel famoso gefe de escaladores que proyectó y fué el primero á ejecutar la célebre conquista de Alhama; pero los sarracenos tuvieron que replegarse al castillo.

Un cuerpo auxiliar de caballería que el Zagal enviaba desde Guadix á los malagueños, cayó y fué deshecho en una emboscada que B. Abdil, el rey Chico de Granada, le habia preparado en el camino, noticioso de aquella expedicion. De esta manera el rey

moro, en odio á un rival y competidor de su misma creencia, favorecia y cooperaba al triunfo de los cristianos, llegando su humillacion y bajeza hasta el punto, no solo de noticiar á Fernando aquella victoria, sino de enviar á la reina Isabel un magnífico regalo de preciosas telas de seda y oro, de perfumes orientales, de caballos, armaduras, elegantes vestidos y joyas de primorosas labores. Fernando é Isabel, que secretamente y para sus adentros condenaban la conducta infiel de B. Abdil como príncipe moro, alegrábanse de ella por propio interés, recibian sus agasajos con benevolencia, y en premio de su debilidad y humillacion otorgaron á sus súbditos permiso para comerciar con los españoles en todo género de mercancías, como no fuesen efectos de guerra, y para cultivar en paz sus campos. Al propio tiempo arribaron naves y embajadores del sultan de Tremecen con ricos presentes para los reyes de Castilla, con la mision de rendirles homenaje y de interceder por los defensores de Málaga, y de pedir que las naves tremecinas fueran respetadas por las españolas que cruzaban por el Mediterráneo. Accedieron los reyes á esto último, cumplieron al africano enviándole una bandeja de oro con el escudo de las armas reales, y le exigieron que no auxiliase con tropas, armas ni víveres á los moros de Granada (1).

Ibase en tanto estrechando el cerco de Málaga, y

(1) Bernaldez, Reyes Católicos, c. 84.

reforzándose las estancias con nuevos fosos, minas, palizadas, máquinas de escalar y municiones trasportadas de Barcelona, Valencia y otros puntos de la península, mientras la escasez y el hambre hacían sentir ya sus horrores en la ciudad, dando ocasión al inflexible Hamet para publicar terribles bandos y disposiciones y para distribuir con rigurosa economía entre los vecinos y la población las poquísimas subsistencias que conservaban en sótanos algunos particulares.

Ocurrió á este tiempo en el campamento de los cristianos un raro y extraordinario lance, que, merced á una feliz casualidad, no costó la vida á los reyes. Una especie de profeta ó santón moro llamado Abraham el Gerbi, que había pasado su vida en el desierto y pasaba por inspirado, se presentó en las calles de Guadix, envuelto en su tosco albornoz, con su semblante lívido y su barba blanca y desaliñada, anunciando que Dios le había revelado por medio de los ángeles de Mahoma la manera de libertar á Málaga y destruir á los enemigos del Corán. Agregáronse al fanático musulmán hasta cuatrocientos supersticiosos moros de la tribu de los gomeles, los cuales caminando de noche y por escusadas veredas, llegaron al campo de los cristianos, en ocasión que una partida de estos había salido á reconocer el terreno. La mitad de ellos lograron penetrar en la plaza, la otra mitad cayó en manos de los exploradores, y fueron todos

acuchillados, excepto uno á quien encontraron de rodillas y con las manos levantadas al cielo en actitud de orar y como si estuviese en un éxtasis. Dejóse prender sin resistencia, y como dijese que tenía importantes secretos que revelar á los reyes, lleváronle al pabellon real. Ya se entenderá que el misterioso moro no era otro que el santón de Guadix Abraham el Gerbi. Dormía á la sazón el rey, y se mandó que hasta que despertara condujeran al prisionero á la inmediata tienda. Hallábase en esta la marquesa de Moya doña Beatriz de Bobadilla, la íntima amiga de la reina Isabel, jugando á las damas con don Alvaro de Portugal, hijo del duque de Braganza, pariente de la reina. Por el aparato del pabellon sospechó el moro que aquellos personajes eran la reina y el rey. Pidió un vaso de agua, y haciendo ademán de beber, sacó un cuchillo de debajo del albornoz, y asentándole contra el príncipe de Portugal le hizo una herida en la cabeza que le derribó bañado en sangre en el suelo; y revolviendo de improviso sobre la marquesa le dirigió una estocada que por fortuna se embotó en los bordados de su vestido; quiso repetir el golpe, y unos palos de la tienda en que tropezó el acero salvaron á doña Beatriz. Abalanzáronse los caballeros sobre el asesino, y cien espadas se clavaron en sus entrañas. Al ruido y alboroto acudieron el rey y la reina, aquel envuelto todavía en la colcha de su cama, y asombráronse y se estremecieron á la idea

del peligro que habian corrido, tomando el mas vivo interés por don Alvaro y por su querida doña Beatriz (1).

Desde entonces se tomaron serias precauciones para seguridad de las preciosas vidas de los monarcas, entre ellas las de crear una guardia de doscientos hidalgos de Castilla y otros tantos de Aragon para la custodia de las reales personas. El cadáver del moro asesino fué arrojado á la ciudad con un disparo de catapulta, al modo de lo que en otro tiempo habian ejecutado los alárabes con el del hijo de Guzman el Bueno en el campo de Tarna, pero vengáronse los malagueños matando á un hidalgo de Galicia cautivado en Velez, y atando su cadáver á un pollino que hicieron salir á los reales de los cristianos.

Otro fanático agorero mantenía en Málaga el entusiasmo religioso; hacia venerar como mártir al santón de Guadix; docto tradicionista y orador elocuente, predicaba con fervor al pueblo, empuñando con una mano una cimitarra y con otra un estandarte blanco, prometiendo por aquella sagrada enseña que todas las provisiones que los cristianos tenían hacinadas en sus reales, habian de ser para el sustento de los verdaderos creyentes, y que los enemigos del Profeta desaparecerian como arañas al soplo del huracán. El astuto Hamet, que conocia la influencia de

(1) Bernaldez, ubi sup.—Lucio Opus Epist., lib. I., e. 63.—Oviedo, Cosas Memorables, libro XX., fól. 176.—Pedro Mártir, dial. 23.

tales predicciones en el pueblo, protegía al mago al-fakí, y aparentaba creer en él y venerarle como un oráculo. Pero á vueltas de tan halagüeños augurios, los escasos víveres de la ciudad se agotaban, las madres mantenían á sus niños con hojas de parra cocidas con aceite, los adultos comían hasta cueros de vaca remojados, los fieros gomeles entraban en las casas á ver si encontraban algun alimento que arrebatar, y familias enteras abandonaban sus hogares para ir á ofrecerse por esclavos á los cristianos con tal que les diesen pan. Y como al propio tiempo la ciudad era cañoneada, y se volaban algunas torres y puentes con estremecimiento espantoso, resolvieron otra vez algunos principales ciudadanos, con varios alfakies y propietarios ricos, á representar á Hamet los incalculables males de prolongar una resistencia inútil. El indomable moro, menos cruel con ellos que con los anteriores emisarios, les contestó no obstante que todavía contaba con medios de triunfo, que preparaba un combate decisivo, al cual quería que estuviesen dispuestos, y que la señal seria la desaparición de la bandera blanca del Profeta que ondeaba en la mas alta almena de Gibralfaro. Y eso que sabia el soberbio moro que toda la línea de circunvalación, así de mar como de tierra, habia sido reforzada con naves y tropas que diariamente acudían al cerco de varios puntos de España. Entre otros habian concurrido los condes de Concentaina, de Almenara y de